

A mis padres, por llevarme a ballet.

«La belleza no es nada
sino el principio de lo terrible»

RAINER MARIA RILKE, *Elegías de Duino*

«¿Todas las flores son chicas muertas?»

MARIANA ENRIQUEZ, *Nuestra parte de noche*

1

Berta Simmenthal se observó las piernas, curvadas hacia dentro, mientras la sangre le resbalaba por los muslos. Un rosario de manchas negras salpicaba las juntas de las baldosas bajo sus pies. De escoger una y seguirla, pensó, dejaría atrás el vestuario, atravesaría el túnel de duchas y llegaría a las piscinas del gimnasio. La línea continuaría su camino bajo el agua, deformándose ante los ojos que la contemplaran desde la superficie. Quizá salir de aquel baño era tan fácil como seguir una línea recta, reflexionó Berta, que permanecía de pie e inmóvil con el tampón sucio en la mano. O quizá no lo era: lo recto no servía para guiar lo torcido.

La sangre empezaba a secarse. Berta estudió los restos de tejido en el tampón antes de tirarlo a la papelera. Se parecían a los que su padre limpiaba de los terneros recién nacidos. ¿Cómo debía de ser ver sus ojos negros y sucios por primera vez, cuando rompían la placenta? Seguramente miraban a su padre con la ternura agradecida de las bestias mansas, y él debía de recibirlo con la misma indiferencia con que ella examinaba los coágulos en el algodón, a sabiendas de que tarde o temprano iba a conducirlos al matadero.

—¿Berta? ¿Estás por aquí?

Era Marisa, la trabajadora social del gimnasio.

Berta pegó su cuerpo a la puerta. Deslizó las manos sobre los asideros de metal a lado y lado del aseo. Se preguntó si tendría suficiente fuerza para elevar los pies, ni que fuera unos centímetros, y fingir que no estaba allí. Las otras trabajadoras sociales solían ignorarla si no se presentaba a la clase de natación. Marisa, en cambio, siempre iba a por ella.

—Sé que estás en el baño —dijo la mujer.

Berta clavó las uñas en una hendidura en la puerta, cerca del picaporte. La detestaba. Marisa había llamado al hospital la única vez que se había caído en el gimnasio, cuando intentaba abrir el armario adaptado del vestuario —tenía una combinación única para todos los usuarios con discapacidad, lo que Berta encontraba particularmente insultante—. Acudieron una ambulancia, dos paramédicos y la doctora Ordóñez. Quisieron llevársela al hospital y avisar a sus padres. Ella se negó. La doctora insistió: había que drenar un absceso en la espalda que había reventado y coser el desgarró en el brazo. Un grupo de curiosos se reunió ante las puertas del vestuario y ella les empezó a gritar que se marcharan y la dejaran en paz. Berta odiaba que Marisa persistiera en ir a buscarla pese a todo lo que le había dicho ese día, mientras la ataban a una camilla y la metían a la fuerza dentro de la ambulancia. Los puntos en el brazo todavía le dolían cuando ella o cualquiera de los monitores de la piscina insistían en sujetarla por las axilas —así lo marcaba el protocolo— en el momento de meterla en el agua.

—No voy a nadar hoy —contestó Berta.

Movió los pies desnudos sobre el suelo. Sin querer, pisó una gota de sangre.

—¿Otra vez con eso? Lo hemos hablado muchas veces. No tienes por qué avergonzarte.

Marisa se apoyó sobre la puerta. Olía a flores. Berta vio sus pies, enfundados en un par de botas moradas con tacón. Llevaba medias negras, sin calcetín debajo. Era viernes. ¿Adónde iría después del trabajo? Aquel no era calzado para un gimnasio, pensó Berta. Podía tropezarse y caer al agua; podía, incluso, engancharse en la rendija de las duchas al otro lado del baño. Se recreó secretamente en esa posibilidad. ¿Qué pasaría si Marisa quedara panza arriba, indefensa y malherida, y el olor de la sangre y la grasa se impusieran al de su perfume? A lo mejor palparía el suelo para intentar levantarse y fracasaría una y otra vez, resbalándose con sus propias secreciones. A lo mejor entonces los papeles se

intercambiarían: Berta podría arrodillarse junto a ella, acariciarle la frente sudada y el pelo sucio, tomarle una mano y asegurarle que todo iría bien.

—No tengo vergüenza —contestó. Y era verdad—. Tengo la regla y no me apetece nadar.

Confiaba en que aquello la hiciera desistir. No se equivocó: Marisa murmuró un par de palabras de ánimo, le dijo que en la oficina podían darle analgésicos si los necesitaba y le recordó que, según las pautas de su médica, era importante que no se saltara las sesiones semanales de natación. Eran beneficiosas para su espalda, insistió.

—No voy a cambiar de opinión —avisó Berta.

—Tú ganas —dijo Marisa—. Pero nos vemos la semana que viene.

Berta observó las manchas negras en el suelo: nada le hubiera hecho más feliz que poder extender las puntas de los dedos y usar su sangre para escribir un enorme 'NO'. ¿Habría asustado eso a Marisa? ¿Habría sido suficiente para sacarla de ese imperturbable estado de benevolencia desde el que se relacionaba con ella? Quería provocarla. Enseñarle los dientes y que reaccionara como lo haría ante alguien que no estuviera en desventaja respecto a ella.

Marisa aún permaneció un par de minutos más junto a la puerta. Cuando se cercioró de que no iba a obtener ninguna respuesta más, empezó a alejarse en dirección a la salida. Berta se esforzó por seguir el trayecto de sus botas moradas a través de un pequeño hueco entre la madera y el picaporte. Los tacones esquivaron con facilidad las rendijas del suelo mojado. Berta sacudió la cabeza. Una oportunidad perdida.

Desde el baño, Berta escuchó el chapoteo del grupo de natación. El silbato del monitor indicó que la clase había empezado. Se conocían muy poco entre ellos: los únicos fijos eran ella y un anciano con problemas en las piernas, delgadas y huesudas, que apenas le

servían para sostenerse sin la ayuda de un bastón que depositaba sobre el trampolín antes de zambullirse en el agua. En los últimos meses se habían incorporado al grupo dos mujeres en rehabilitación tras partos complicados. Alguna vez Berta había alargado el tiempo de la ducha para estudiar las cicatrices en sus vientres. En la piel magullada se apreciaba el camino tortuoso del bisturí, el corte, sin maña, hecho sin mayor propósito que la de abrir paso a las criaturas. En ocasiones se sumaban a la clase personas con otros problemas de movilidad. Nunca hablaban entre ellos. Aquello era un intercambio silencioso de conjeturas. Las clases eran idas y venidas en los carriles de la piscina en las que se observaban unos a otros; cada uno era poco más que un cuerpo luchando por no hundirse.

Berta se alegraba de no estar allí.

Se limpió los últimos rastros de sangre y, tras introducirse un tampón limpio, volvió a subirse el bañador. La tela crujió al amoldarse a su pecho. Lo había arreglado ella misma cuando su cuerpo empezó a cambiar: había descosido las costuras y añadido parches de licra bajo las axilas para ensanchar las medidas del torso; con una aguja imperdible, había retirado la goma de la parte inferior y cosido dos retales de tela en las costuras de la ingle, a modo de pantalón. Mientras lo hacía, pensó en todas las veces en que se había puesto aquel bañador para ir a la piscina de la urbanización de Sol el último verano. Cuando Berta le contó lo que iba a hacer con él, Sol insistió en aprender a coser.

—¿Por qué? Si a ti nunca te han interesado esas cosas.

Sol se encogió de hombros.

—Por si en el futuro quieres arreglarte algo más.

Sol no dijo lo que ambas sabían que eso significaba: que llegaría un día en que Berta no podría flexionar los dedos, agarrar una aguja y dirigirla a través de la tela cortada, y que, cuando eso ocurriera, allí estaría para hacerlo por ella.

Se conocían desde los tres años. Habían aprendido juntas a hablar, a leer, a dibujar y a bailar, aunque solamente Berta hubiera

seguido con las clases de danza a las que las apuntaron a ambas porque algo había que hacer con aquellas dos niñas que se negaban a separarse después de las clases y que, de tan apegadas, no parecían entender que eran dos personas distintas.

La enfermedad había avanzado rápido los últimos seis meses. Según la doctora Ordóñez, su cuerpo seguía el mismo proceso que un mueble lleno de carcomas: los insectos llevaban mucho tiempo ahí, royendo de forma silenciosa y discreta los apliques, los cajones y las estanterías sin que la estructura se resintiera. Por eso la vida de Berta Simmenthal hasta los diecisiete años había sido más bien normal. Pero el momento llegó: lleno de agujeros, incapaz de sustentar el normal desarrollo de su cuerpo, la estructura empezó a colapsar. Sus huesos apenas lograban sostener la carne en tensión, los músculos atrofiados que cada vez le era más difícil mover. Según todos los médicos que la habían visitado, no faltaba mucho para que la enfermedad descendiera a los brazos y de allí se dejara sentir más allá de sus codos, inflados por una acumulación anormal del líquido sinovial. La deformidad era el preámbulo del auténtico mal que amenazaba el cuerpo de Berta: la parálisis. Tarde o temprano, terminaría con los dedos gafos, quietos y deformados. Cuando no podía dormir, pensaba en sus manos como si fueran raíces roídas sobre un vivero lleno de tierra caliente. Aquella imagen la ayudaba a acomodarse entre las sábanas.

La regla le daba igual, eso era evidente. Nunca le había supuesto un problema para la danza, cuando podía hacerlo, ni se lo suponía ahora. Pero esa tarde quería estar sola. La obligación de someter su cuerpo a un ejercicio que detestaba, la natación, le recordaba lo feliz que había sido cuando bailaba. Si hubiera dependido de ella, no habría dejado de hacerlo. Le hubiera dado igual terminar con la espalda partida en dos en el suelo del estudio; le hubiera dado igual que sus piernas se hubiesen roto al tratar de elevarse sobre las puntas de los dedos. Le hubiera dado igual terminar muerta, con el cuello retorcido ante un espejo, si antes hubiese podido bailar y dejarse llevar por la melodía de una música,

de cualquiera. Por desgracia, la doctora Ordóñez no pensaba lo mismo:

—Cambiarás el ballet por la piscina. Le irá bien a tu espalda. Y después de la operación, ya veremos.

Así se tomó la que Berta consideraba que era la decisión que más desgraciada la había hecho en toda su vida. Odiaba estar en aquel gimnasio, condenada a solo poderse mover con algo de libertad en el agua y siempre bajo la supervisión de un empleado municipal. Pero ni siquiera le importaba ese odio, que dirigía hacia los trabajadores lo mismo que hacia el monitor, si alguna vez se acercaba para sugerirle que mejorara su postura al nadar o recomendarle ejercicios. Berta había aprendido a convivir con aquel sentimiento; estaba contenta y sorprendida de que no se hubiera convertido —todavía— en resentimiento. Advertía, con un placer cruel, que su anormalidad la hacía invisible a los ojos de la gran mayoría de personas. No querían verla. Y eso le abría la puerta a una nueva forma de estar en el mundo y de relacionarse con él. Le gustaba experimentar con ello.

Lo había hecho esa misma tarde, en el vestuario, con dos chicas de su edad. La larga melena les caía sobre los hombros, perfectamente encajados en dos escápulas simétricas por encima de la toalla. Las chicas se reían con una facilidad vertiginosa. Charlaban sobre lo que iban a hacer aquel fin de semana. El lunes, Día de Todos los Santos, planeaban quedar con unos amigos, hacer ejercicio y, tal vez, ir de compras. Berta avanzó hacia el armario adaptado mientras ellas se cambiaban. Las observó. Echaba de menos vivir una vida como la suya. Una vida fácil; por lo menos, una vida que no estuviera reñida —o tan reñida— con sus deseos. Las dos chicas se pusieron el bañador y avanzaron hasta la zona de las duchas. Ninguna de las dos se fijó en Berta, sentada detrás de ellas, ni en su espalda cada vez más curvada, que había empezado a combar sus piernas hacia dentro. Berta se alegraba de que no la hubieran visto, y no porque tuviera vergüenza. En el momento en el que la *vieran*, el hechizo se rompería. Empezarían a controlar sus

palabras y sus movimientos por incomodidad, quizá sin ni siquiera darse cuenta, o, en el mejor de los casos, por miedo a ofenderla. Todo lo que deseaba Berta era mezclarse con sus experiencias durante un rato.

Las chicas echaron a andar por el pasillo de las duchas. Berta se encerró en el baño para seguir escuchándolas. Hablaban en voz alta —ahora, sobre su grupo de amigos— delante del resto de mujeres. No les importaba que las oyeran reír, que las escucharan o que las miraran. Las chicas guapas —y eso Berta lo entendió solo cuando la enfermedad empezó a deformar sus miembros, a repartir la grasa en su cuerpo de tal modo que su silueta se convirtió en una estructura irreconocible, con estrecheces y bultos sobre las vértebras y las articulaciones— no pedían permiso para ocupar un lugar. La belleza no necesitaba espacio, porque lo abría por sí misma. La fealdad era lo contrario: debía rogar por él y, además, excusarse por ocuparlo. Berta prefería no tener que excusarse; por lo tanto, si podía elegir, elegía ser invisible y observar a los demás, tal y como eran.

Solo evocaba su cuerpo anterior cuando pensaba en la danza. Se acordaba entonces de cómo lograba mantenerse en el aire antes de aterrizar, para luego elevarse en un equilibrio estable y perfecto. Berta Simmenthal nunca había sido especialmente guapa, agradable ni inteligente. Sin embargo, había nacido con un talento incomparable para bailar. Era el tipo de talento que trae consigo una maldición: uno no podía evitar pensar que, con un don como aquel, no estaba en sus manos elegir a qué iba a dedicar el resto de su vida. Al menos, así fue el tiempo durante el que la enfermedad no mostró su auténtico rostro.

El silbato volvió a sonar. La clase de natación había terminado. Berta escuchó al monitor dando ánimos al grupo y recordándoles que debían volver la semana siguiente. Oyó pasos y murmullos. Alguien entró en el túnel de duchas. Al otro lado de la puerta del baño, el agua corría sobre las baldosas hasta el desagüe. Berta reconoció las voces de las dos mujeres. Susurraban. Se hablaban la

una a la otra con una aprensión permanente, que parecía querer encubrir un secreto o, quizás, una herida.

—¿A ti también te dolió...?

—Solo me acuerdo de las manos. Eran muy blancas, muy delgadas. Pero esas manos hurgaron dentro de mí, ¿sabes? Esa idea está conmigo siempre, en mi cabeza.

El agua llegó a la puerta del baño. Berta observó con calma cómo se llevaba los restos de sangre en las baldosas.

—A lo mejor es el precio a pagar.

Una risa aguda se coló en el túnel de duchas. Varios niños corrían hacia la piscina desde las escaleras. Sus gritos rebotaban entre las paredes. El sonido del silbato se mezclaba con el de las tablas de nadar.

Las voces de las dos mujeres se apagaron hasta convertirse en un rumor inaudible. El agua corría, los niños chillaban, y Berta solo alcanzó a escuchar un par de frases más antes de que se alejasen.

—Me gustaría que la próxima fuera distinto.

—¿Te gustaría que hubiera próxima vez? A mí me da tanto miedo...

Berta permaneció en el baño, alternando la postura sobre el inodoro para evitar que los bultos en la espalda le lastimaran la piel. Durante los intervalos de silencio que separaban una clase de natación de la siguiente, cerraba los ojos y recordaba los ejercicios de sus lecciones de ballet.

Seguía todavía en el vestuario cuando las luces del gimnasio se apagaron.

En la oscuridad, se levantó y fue a por su abrigo.

Era octubre y hacía frío. Su madre la regañaría cuando llegara a casa con la ropa metida en una bolsa y solo el abrigo encima del bañador. Berta pensó en su cara asustada cuando la viera entrar por la puerta. Era difícil describir qué sentía por su madre. Solo en parte la consideraba culpable de sus problemas.

2

Sol la esperaba en la puerta del gimnasio. Una cazadora ancha y vieja le cubría los hombros. Sujetaba con las comisuras de los labios el filtro de un cigarrillo al que daba forma, sin prisa, con los dedos índice y pulgar. Al cruzar el umbral, Berta dejó que su amiga le pasara una mano por los hombros y le diera un beso en la mejilla. Se apoyó en los anclajes para bicicletas del gimnasio mientras, a su lado, Sol pasaba la lengua por el papel de fumar.

—¿Sabes qué me han dicho mis padres? —dijo, hurgando en la cazadora en busca de un mechero—. Me han dicho: «Soledad, en la fiesta del domingo podéis hacer lo que queráis. Pero, por favor, ¡que no se raye la mesa de olmo! Cuesta mucho dinero». Ahora que somos ricos me llaman por el nombre completo. La verdad, vivía más tranquila cuando éramos pobres. Quedábamos para beber en la mesa del Ikea. ¿Te acuerdas de esa mesa, Berta? Yo sí. Si se rayaba, no pasaba nada.

Berta estiró la pierna derecha hacia delante para descansar la musculatura. Le dolía. Había sido una mala idea pasar tanto tiempo sentada en el baño.

Hasta ellas llegaba el humo de las castañas en un puesto en la plaza.

—Soledad es bonito —contestó—. Tiene un no sé qué viejo que me gusta. ¿Cómo sabías que seguiría aquí?

Sol se encogió de hombros. Los restos de maquillaje se le acumulaban en la línea del ojo y se confundían con la sombra negra en sus párpados.

—Como no contestabas al móvil, llamé a tu madre y me dijo que aún no habías vuelto. Quería darte esto. —Del bolsillo del pantalón se sacó un papel doblado—. Es la lista de cosas que deberíamos comprar mañana para la fiesta.

La lista era larga. Berta pensó que Sol era la única persona que genuinamente no se daba cuenta de cuánto había cambiado su cuerpo. No era capaz de recorrer distancias largas y a duras penas podía cargar peso. Algunos días —y el sábado iba a ser uno de ellos, a juzgar por el dolor que se le empezaba a instalar en la parte externa del gemelo— una ligera cojera afloraba en su pierna derecha.

—Me la podrías haber mandado por el móvil.

Sol sonrió. Llevaba el pelo corto y teñido de rubio. En las puntas se advertían restos de mechas azules. Berta recordaba aún el día en el que Sol llegó a su casa con una bolsa llena de tintes baratos y anunció que iba a escoger, al azar, el color de su nuevo pelo. Su padre chilló; su madre negó con la cabeza y le advirtió que, si seguía por aquel camino, nadie iba a ver en ella nada más que a una chica que intentaba camuflar su vulgaridad en vanos intentos de llamar la atención. Ninguno de los dos había puesto demasiados reparos en las decisiones de su hija sobre su aspecto hasta que se mudaron a la casa de la urbanización y los tres empezaron a entender, quizá demasiado tarde, que no bastaba con tener el dinero suficiente para comprar una casa en aquel lugar para que quienes iban a ser sus vecinos dejaran de cuestionar qué hacían allí, qué méritos tenían para merecer su cortesía. Los padres de Sol cambiaron de amistades, de muebles, de aficiones. Sol se lo reprochaba. Era la única de la familia que se negaba a dejar atrás su vida en el barrio. Insistía en no quedar jamás en la urbanización y marcaba distancias cuando alguno de los vecinos le preguntaba, con una malicia discretamente disfrazada de curiosidad, cómo marchaban los negocios de sus padres.

Aunque Sol no lo dijera, Berta sabía que sentía que no encajaba en aquella urbanización que, más que un simple lugar donde

vivir, parecía exigirle despojarse de sus antiguos sueños y adoptar otros; abrazar otros gustos, otros amigos, otras lealtades. La gran pregunta, aquella que Berta no le iba a pedir que contestara porque la juzgaba irrelevante en su relación, era si su amiga estaba dispuesta a hacerlo. Si la fiesta no era solo una fiesta, sino una oportunidad para demostrarse que podía renunciar a cuanto había sido hasta entonces para ser algo más, aunque no necesariamente mejor.

Sol hizo rodar el cigarrillo entre los dedos.

—También he venido porque quería verte. ¿Estás bien?

Berta asintió. Con cuidado, se elevó con las manos hasta sentarse sobre los anclajes para bicicletas.

—¿Te dijo algo más mi madre?

—Estaba rara.

—La pregunta es cuándo está normal.

Berta observó la calle: los cuerpos ocultos bajo abrigo largo; las decenas, quizá centenares de ojos que trataban de ver el cielo a través del humo suspendido sobre la ciudad; los coches que aceleraban por carreteras a cuyos lados no crecían más que árboles raquíticos, ahogados por la polución; las manos huesudas de una anciana removiendo castañas en un puesto de la plaza. El gimnasio se alzaba, sombrío, sobre todos ellos. Era un edificio gris. Por sus paredes chorreaba agua sucia del aire acondicionado. Sujeto con un arnés, un operario frotaba con agua y jabón la pared bajo una ventana con barrotes para evitar robos. De vez en cuando, aparecían pintadas en el gimnasio; casi nunca significaban nada, o al menos nada que Berta hubiera reconocido las veces que, por curiosidad, había intentado adivinar qué representaban aquellos símbolos que parecían dibujados por un borracho o por un loco. Había rumores de que unos pandilleros se habían colado en el gimnasio y habían inutilizado zonas que, durante semanas, permanecieron precintadas. Bajo los surcos del agua jabonosa asomaba el más reciente: dos trazos gruesos hechos con spray negro. Parecían dos cuchillos cruzados, o una tijera.

—Qué mierda tener que venir aquí todas las semanas, la verdad —murmuró Berta.

Un grupo de adolescentes en la plaza había estallado en carcajadas. Apoyada sobre sus antebrazos, Berta se incorporó.

—¿A esos de ahí los has invitado a la fiesta?

Sol se puso de puntillas. Los chicos formaban un corrillo alrededor de motos aparcadas en la acera, y se lanzaban algo entre ellos.

—¿Son de segundo de bachillerato? —Se encogió de hombros—. Es posible que los haya invitado. —Sol le guiñó un ojo—. Va a estar todo el mundo, ¿sabes? También gente de la urbanización y del equipo de gimnasia.

Uno de los chicos alzó el objeto por encima de las cabezas de los demás.

Era una máscara de goma.

Sol prendió un par de veces el mechero. Se abstenía de fumar delante de Berta desde que la médica se lo había prohibido. Berta no fumaba; al menos, no lo había hecho cuando bailaba.

—Adelante —dijo Berta—. Por mí no te prives.

Sol sonrió y le guiñó un ojo.

—Gracias, tía. —Se pasó una mano por el pelo—. Por cierto, ¿el nombre de Berta viene de Rigoberta?

Berta se dejó caer sobre los anclajes. Su espalda torcida se amoldaba con relativa comodidad al hueco del metal. Contempló el cielo gris mientras movía las piernas en el vacío. Era agradable no tener que sostenerse sobre ellas.

—Pues no creo.

Entre el humo del cigarrillo y el del puesto de castañas, vio la máscara que se elevaba por encima del corrillo. Subía y bajaba, viajando de unas manos a otras. La máscara cruzó bajo el haz de luz de una farola oxidada. Berta examinó sus contornos. Dos largas astas salían de la goma, que temblaba como un pedazo de carne muerta, y brillaban bajo la luz artificial. Era la máscara de un ciervo.

—Oye —dijo, señalando con la cabeza hacia el chico que sostenía la máscara—. ¿Ese de ahí no es Charly?

Carlos Madeja, alias Charly, cursaba segundo de Bachillerato en su mismo instituto, aunque en una línea distinta. Había repetido dos veces y solo el empeño de sus padres por que terminara los estudios lo mantenía en clase.

Sol se encogió de hombros. Berta detectó de inmediato que aquel desinterés era fingido.

—Ni me he fijado.